

VIBRATO

Isabel Mellado

Cero

Escucha.

Es el primer compás:

1

2

3

4

Casi me llamo Marta. Marta era el nombre de la amante de mi padre cuando nací. En una mezcla de perspicacia e imaginación, pudo mi madre impedirlo nombrándome igualito que ella. Soy, pues, Clara para el que quiera creérselo. Me consta mi ineludible cara de No-Marta. Mis labios lo pronuncian a cada rato en voz baja. No-Marta, No-Marta. No-Marta.

Me extirparon del compás materno. Sostienen mi cabeza. Cuando vacilo, tiran. Tiran sin sentimentalismos, con oficio. Ensamblo en un espacio de horas consecutivas, lógica tacaña y cinco sentidos. Admitida en el circuito vital, me entrego sin resistencia a los engranajes rígidos. Ya encontraría una forma.

Húmeda de sangre ajena, fue sencillo adherirme a una fresca espiral de manchas que surcaba el aire. Sonidos los llaman. ¿Ayudaré a esas manchas a sobrevivir? Sí y al revés. El sonido es innato. Y yo, ¿sonido o persona? El mundo es un sonajero. Escucha: tú serás persona y tendrás recuerdos y sonidos que crean en ti.

En silencio absorbí abundancias sin la sordina amniótica. Vengan, soy toda oídos. Soy toda. Soy. Una mano firme me abofeteó y mi grito no fue una opinión apresurada. Supe encajar el primer golpe. Se mostraron satisfechos. Dos hileras de punzantes luces apuñalaban mi recién estrenada lengua. Cerré bien la boca y dejé de ser urgencia para convertirme en cautela.

Mujer de voz fosforescente ofreció voluntad y pecho, pero el sabor aún tendría que esperar: cuidado, hombre que se aproxima, ladeando sus palabras para enternecerlas. Se acerca demasiado; escucho su olor y es el mío. Huele a mí pero en grande. Aquel hombre era mi padre el primer día.

Él y madre se abalanzan sobre mí, me estudian con minucia, no acaban de pulirme con sus ojos, recomponerme a placer para reencontrarse en mis facciones. Mi rostro,

un segundo lecho marital. Los dejo hacer, qué más da. Desean tan locamente entremezclar sus fisonomías.

Los hijos como reverberación de los padres. Supuse que me habían regalado tiempo para modular de tonalidad o tono, para encariñarme con el oído.

A tres pasos se esbozaba el infinito.

Lo primero es lo primero hasta que no

Traía la mirada desocupada, pero ya la edad comienza, mis edades. Un mundo redondo se pega a las pupilas redondas y el redondo pecho se aleja. No hay alternativa; aparecen para quedarse tenedor, cuchara y un cuchillo. Cada cual cumple su trabajo. También las personas parecen dividirse en tenedor, cuchara y cuchillo. Primaveras, veranos, otoños e inviernos van cayendo al saco. Escucho voces deshojándose o floreciendo. Primero quieren enseñarme a comprender las horas del día, espacios bien demarcados para que juegue el tiempo. No respetan mis horarios, que algunas horas pasen o pesen más que otras. Es la vida, me repito. Escuece. Consigo por fin organizarme y conciliar el día y la noche, intuyendo sus futuras dimensiones. Muy pronto me enseñan a mover la boca como hacen ellos. Se ven bastante ridículos. Yo correteo durante semanas a unas consonantes con mi lengua siempre atosigada de papillas (alimento y sonido se han autoproclamado los reyes de mi paladar). Voy ajustando el mundo a las palabras que me son deletreadas. El sol es la gran sílaba. Mediante ensayo y error ejercito un sí y un no todavía asustadizos. Llegan entonces mis primeros zapatos, mi primera sopa, mi primer espejo, mi primera vergüenza y una avalancha de primeros sucesos que amenazan con desbaratarme. Ya me enseñan a escribir, con letra pequeña. Sin salirme del margen. Me dictan. Mis oídos siempre como escudos a los lados, captan incontables sonidos extinguiéndose aún en bruto, qué desperdicio.

Poco a poco afino perspectivas; rasgos, protuberancias, hediondecas o emociones y demás chirimbolos a los que he de irme acostumbrando. Y a una gran densidad de población en suspenso. Partí de cero, como ellos, pero voy ganando pistas. Descubro el hule, las ranas, la compota de membrillo, lo lustroso y lo opaco y lo succulento. Y más y más. A diario escucho desde mi cuarto un suspiro metálico que aquí se empeñan en llaman ascensor. Me aburro y lloro. Percibo más brillantes los colores así, húmedos de lágrimas. Lo tendré en cuenta. Veo a los árboles y a mis dedos crecer, a mis costillas que como un puño me estrechan y grito feliz. El sonido se propaga y todo oscila y todo vibra, ¿o es que todo tiembla con desmesura de la buena?

¿Y este niño que a cada momento me observa, me persigue y me sonríe, mostrando sus dientes con sarro, quién se supone que es?

Personajes

Una madre, con sus pinceles, con su libre acceso a los colores. Su voz espigada, sus celos.

A veces mi madre, ya de mañana, se llevaba la botella a los labios o vaciaba su contenido en el lavatorio. Para que padre beba menos, decía (¿o era para alegrarse la casa y ella?).

Un padre. Cuánto lo quise. Mi padre y su pena. Estábamos tan cansados de ella y no sabíamos cuándo podríamos comenzar a disfrutar de la nuestra.

Los zapatos de mi padre, torcidos y viejos. El taco más gastado desde la mitad hacia adentro. Hombre de pies planos, remachados a la tierra, y el cuerpo en vaivén.

Mi padre no pasaba en balde. Cualquier objeto, animal o individuo con el que se relacionaba, quedaba impregnado de su singularidad y sus gestos. Esos zapatos suyos rezumaban más carácter que la mayoría de las personas.

Clotilde, mi gallina. Yo quería quererla y ella, que la quisiera. Con puntualidad ponía un huevo, de eso sí me podía fiar. A veces yo se lo entregaba a mi padre para su ponche. Los gallos, Silvio y Guirnaldo, eran de mi hermano Raúl.

Raúl era calladito.